

La habitación espejo

Estel

Image not found.

Capítulo 1

La habitación espejo

Tras esa puerta cerrada, lo único visible era la luz. Pálida, rosada, en veces amarilla como la luz de un sol naciente. Una franja intermitente, perenne, de resplandores misteriosos bajo esa puerta blanca.

Yo me preguntaba, mirando fijamente la perilla de plata, quién sería el inquilino; qué haría, puesto que nunca estaba a oscuras.

Vivir en un hotel no es tan lindo como se cree: el ruido, las cámaras, los espantajos... pero, ya hablando en serio, se me ocurren varias razones por las que, de no estar llevadas como yo por una gran necesidad, las personas deberían evitarlos. La ironía está en que, cuando se es pobre o te estás escondiendo, y usualmente ambas cosas vienen en el mismo paquete, nada resulta más conveniente que un cuartucho de hotel.

Huí de mi casa a los catorce, y para entonces ya era una fumadora redomada. Fumaba para no mordermé las uñas, costumbre que casi me hizo perder un dedo, y porque, si iba a morir por culpa de mis pulmones, quería al menos darle una razón a mis sufrimientos. No necesitaba un enfisema para sentirme mal: me enfermaba con tanta frecuencia que mi madre tuvo que educarme en el hogar.

Recostada en la cama, luchando en el limbo por un poco de aire, fui introducida en los secretos del arte que sería mi pasión. Como un pez asfixiándose- o un ratón, vamos-, vislumbré el enramado de la historia detrás de la enseñanza de Séneca, me uní a los idealistas que desataron, con un aliento más largo que el mío, las guerras más sangrientas y las revoluciones internas del ciudadano. Aplaudí el humor de los novelistas depresivos, lloré por la pérdida de familias ficticias, y amé a unos personajes más decentes que todos mis conocidos juntos.

Cuando la salud me permitía pararme, regresaba a mi vida normal, y actuaba como todos los chicos de la cuadra. Aprendí algunos secretos (qué empleado del bar vendía la droga más barata, cuáles chicas hacía mucho que ya no eran vírgenes, y de qué hombres del vecindario debía cuidarse una), pero más que nada, obtuve el conocimiento adquirido en las calles, que por lo general es sabiduría popular.

No me entregué a la realidad tan fácilmente. Esquivando los brazos de muchos predadores, me decanté por fingir mi homosexualidad con ayuda de una chica que, a raíz de los abusos de su padre, temía demasiado a los de su sexo. Hacíamos unas excelentes tortolitas, y pronto los besucones y

sátiros perdieron interés por nosotras, cosa que había sido nuestra meta desde el principio. Solía decirle a mi "pareja" que estaba decidida a no tener nada que ver con esos fracasados, y en cierto modo le decía la verdad. ¿Quién no sería un perdedor al lado de D'artagnan, Robin Hood, Amadís de Gaula y todos sus hermanos, hombres de honor?

Pero, avergonzada de mi propio romanticismo, mantuve mi afición lectora en estricto secreto. Al menos hasta que Ted llegó.

¡Cómo lo odiaba!... la biblioteca de mi pieza fue lo único que dejó intacto, y sólo porque yo me encerraba con llave y atrancaba la puerta cuando salía, no importaba si era sólo un segundo, mientras conseguía una cajetilla en la tienda de enfrente.

Mi madre perdió algunos dientes, y lo poco de paciencia que le quedaba para mí, y empezó a ponerse del lado de ese monstruo sin molestarse en ocultar el miedo que le daba la perspectiva de una nueva paliza. Las cuentas de hospital me obligaron a pagarle a Ted con mi trabajo, hasta que, un buen día, con una máscara de oxígeno y un par de amigos callejeros como única visita, decidí que prefería quedarme sola.

En realidad, hace tiempo que dejé de esconderme. Mi padrastro dejó de buscarme a los dos años, y en ese rato tuve un par de empleos con los que pude pagar las cuentas de hospital que siguieron... más o menos. Y entonces fueron otros los que vinieron a mi buhardilla, obligándome a pagar cinco alquileres en distintas partes de la ciudad.

Mi vida ahora se reduce a trabajar, enfermarme, huir a un nuevo muladar e intentar escribir cuando no tengo enfermedad o trabajo que me lo impidan... y a esa puerta blanca. Mi obsesión por esa puerta blanca...

Me gusta pasearme en el hotel. Las idas y venidas de los clientes son una marea llena de vida. Al principio pensaba: "como todo narrador debe saber una historia, éste es el lugar perfecto". Pero no puedes refrenar la marea. Y ésta pasa tan rápido, que te deja pura arena en la boca: así es la cosa en los hoteles. Lo raro es encontrar a alguien que, como tú, tenga planes de vivir en él indefinidamente, o al menos hasta que esos a quienes debes dinero vengan a amenazarte. Y a los pocos días de estrenar el cuarto 18, en el primer piso, la mucama Conchita me informó que no era la única.

-Es una vieja del cuarto piso.

-Oh. ¿Nombre?

-No lo creará-dijo, ordenando mis destrozos.

-No puede ser tan malo...

-Ya lo verá.

-De acuerdo.

Conchita adora cotillear. Lástima que soy chica de pocas palabras. La esperé con los brazos cruzados sobre mis sábanas, otra vez postrada a causa de un acceso. Por fin, se dio por vencida.

-Petra-murmuró con cara de guasa-. Alma Petra.

Arqueeé las cejas.

-¡¿Verdad?!-rio la mucama.

Al día siguiente, decidí celebrar mi nueva recuperación haciéndome amiga de la tal Petra. Una anciana que vive sola en un hotel, es seguro que necesita compañía, incluso si ésta parece una bohemia con los calcetines rotos. Decidí que quizá, su historia me haría olvidar la mía.

Subí las escaleras con dificultad. Un hotel sin elevadores no merece una estrella. Y el mío no era precisamente el Hilton. Así que, al llegar a la puerta indicada, estaba jadeante, sudorosa, y peor de demacrada que antes. Tardaron en abrir, pero la gente solitaria no se pierde una conversación por nada del mundo. Y, como era de esperarse, la anciana se hizo del rogar, mirándome con desaprobación, antes de invitarme a tomar el té.

Su historia involucraba elementos arquetípicos de la vida moderna, y una mezcla chistosa de valores medievales y brumas de la Segunda Guerra, todo enmohecido con el añejo del licor del mini-bar y después disimulado con el aroma de un auténtico Elder Grey.

Mi nueva tertuliana no hacía más que charlar, por lo que no tuve que corresponder a su sinceridad, y me fui de ahí con la cabeza llena de reflexiones tan agridulces como su té. Eso antes de pasar por la habitación número 81.

Siempre he sido simplona. Miré la placa de latón con una sonrisa de pueril satisfacción por haber encontrado el espejo de mi propio cuarto, el 18. E, inexplicablemente, los vellos de mis brazos se erizaron, y toda mi atención se centró en esa luz.

Podría haber sido cualquier lámpara. Alguien trabajando a deshoras, una pareja en plenas ocupaciones privadas, o un mandilón con terrores nocturnos. Lo que no alcanzaba a imaginar me incomodó a tal grado que preferí bajar muy rápido a mi cama, y de ahí no salí hasta que el hambre

me obligó a ganarme otro sobrecito de dinero.

No diré que es humillante llegar al punto en que tus hosteleros te contraten para limpiar tus propias porquerías. Aunque lo es.

Mis andadas no han sido todo lo fructíferas que yo esperaba. Oficialmente, me atrasé tanto con la renta que ahora soy esclava del *Klaus*. Me voy a morir en éste hotel...

Por la mañana, trabajo. Por la tarde, trabajo. En la noche, visito a Petra en el cuarto piso. Y me hipnotizo con el número 81. ¿Por qué? Me guardo mis angustias para mí misma, y repleta de los brebajes de la anciana, nunca estoy de ánimos para preguntarle acerca de esa habitación. El cuarto piso es el más tranquilo, ya que las mejores habitaciones se hallan ahí. Quizá nada tiene que ver el silencio sepulcral que me envuelve cuando me agacho y, en cuclillas, avanzo y retrocedo, avanzo y retrocedo mirando la inagotable lámpara que ilumina aquellas rendijas, preguntándome por qué nunca me las asignan. Quizá por eso nunca me cruzo con sus ocupantes.

Soy demasiado práctica para creer en esas tonterías del yeti, los fantasmas y los muertos vivientes, y aun así, llega un momento en el que tengo que pararme, alejarme de ahí con una especie de sobrecogimiento, y encerrarme en el primer piso como si de pronto el cuarto se fuera a derrumbar sobre el techo. Mientras Conchita me dedica sus miradas burlescas, compartiendo el infame trabajo conmigo, pienso en una sola cosa: la habitación 81; mi habitación espejo. Mientras trapeo los apestosos baños, frunciendo la nariz, me consuelo con la imagen mental de una perilla platinada, y una lisa puerta blanca de madera. Mientras, con los brazos aporreados, balanceo la cuchara ante mi rostro, el número revolotea en mis pensamientos.

Y entonces, me lo asignan.

Creí que saltaría de emoción. Lo único que siento es un retortijón en el estómago. Mi expresión imperturbable ya no molesta a nadie. Mi corazón late a mil por hora cuando estaciono el carrito, sudorosa y helada, luego de una odisea en las escaleras. Tengo el impulso de correr en busca de Petra, mi amiga a la vuelta del pasillo. Pero, estoy de turno.

-Aquí tienes la llave.-fueron las únicas palabras de una compañera. Con el puño en alto, espero a que alguien conteste mi llamada. Al cabo de un rato, entiendo por qué me las han dado, y giro la perilla temblando.

La luz del día entra a raudales por el ventanal. Frunzo el ceño, acostumbrando mis pupilas al repentino cambio entre la penumbra algo depresiva del exterior y esa frescura perfecta de la habitación. Estoy parada en un recibidor, amplio y notablemente mejor que los cuartuchos

del piso 2. Bueno, me tranquilizo, no es tan misterioso como pensabas ni mucho menos.

Las cortinas terracota y la mesa de un pequeño comedor saltan a la vista, elegantes y acogedoras a un tiempo. Empujo mi carrito al interior, intentando sonreír para mí misma, pero lo único que sale es una mueca entre desconcertada y curiosa. Al lado del comedor, hay un medio arco primoroso, y dos pilares blancos separan la zona más privada donde el espacioso dormitorio me deslumbra. Y qué decir del baño...me encuentro tan prendada de la tina, con su regadera, lavamanos e inodoro aislados, y su glorioso vestidor, que no puedo creérmelo. Su vestidor... al fin sé quién ocupa esa suite maravillosa. Y, la envidia comienza a carcomerme.

Una que otra vez robé una barra de chocolate, o un libro especialmente interesante. Cuando era chica. Ésta vez, no tenía intenciones de hacerlo, pero no lo pienso; ni siquiera miro alrededor. Descuelgo la chaqueta, me giro, y ante el espejo comienzo a mover una mano como si fuera una especie de robot, hacia el ridículo uniforme. Me desnudo con los ojos perdidos en la belleza de una prenda que jamás había rozado con los dedos. Y me queda perfecta. Tanto, que toda culpabilidad se esfuma cual voluta de humo, no sin antes dirigir mis pasos hacia las demás prendas.

Ja. La mujer es de mi tamaño, y nunca me sentí mejor. Ya completamente disfrazada, regreso al dormitorio y me tumbo en la cama, justo en medio de las dos almohadas. En el buró hay una pila de libros, y me río preguntándome si la señora Ricón será una auténtica lectora, o los pone ahí para guardar las apariencias. No tengo mucho tiempo de ojear los títulos: alguien abre la puerta y entra al recibidor.

Corro despavorida, pero ¿a dónde? Los pasos resuenan directo hacia mí. Doy una vuelta en círculo, y me meto de golpe en el único lugar que parece seguro.

Taconea. Veo de reojo las piernas blancas, y los zapatos cerrados que si no estuviera tan asustada, me dispondría a admirar con una nueva oleada de rencor. Parece sospechar, porque rodea la cama lentamente, y casi enseguida se dirige al vestidor. Se cierra la puerta del baño, y espero con el corazón en la garganta. Espero. Espero. Espero. No puedo creer que tarde tanto, y tampoco puedo creer que yo aún no haya salido corriendo. No hay ruidos, y después de una eternidad, creo que es mejor arriesgarme a que me descubran, por lo que repto del suelo y me pongo de pie, siguiendo la trayectoria de los pies de la extraña.

-¿Qué diablos...?

Nada. Ni el baño, ni en el vestidor: la señora Ricón se desvaneció en el

espacio.

A la mañana siguiente, cambio mi horario con una compañera. No quiero ser vista en la 81, y para ser sinceros, no quiero volver a entrar ahí. Rento la película de "El resplandor" en cuanto puedo, y yo misma me convierto en una mandilona con terrores nocturnos.

Es la cuarta semana de trabajo, y me encuentro fumando en el porche. Mis manos sostienen la tarjeta de horario: entre las habitaciones que me tocan, leo la 81. Laura niega por enésima vez.

-Ni lo sueñes. Me castigaron la última vez. Necesito esa paga. Además, tus horarios siempre están mejor que los míos.

Pues me jodo.

Busco la forma de limpiar la suite, poner todo en orden y marcharme lo más pronto posible. Ni siquiera volteo a ver el vestidor. Pero, en mi salida, descubro que no puedo girar el picaporte. Ahora sí que la he hecho... comienzo a volverme loca. Fuerzo la manija, grito y aporreo la puerta, y nadie me responde. Deslizo la espalda con la boca seca, abrazo mis rodillas y me quedo sentada un buen rato; nuevamente, una eternidad. Entonces, las cortinas del ventanal se agitan por el viento, y la ráfaga que entra es tan helada que me hace levantarme. Nada me puede preparar para lo que veo a continuación.

Mi grito se queda atrapado entre la cornisa y el suelo blanco, cuatro pisos más abajo. Es que no entiendo qué pasó: donde antes estaba el cine, se encuentra una boutique; donde un cielo azul claro, nubes de tormenta, y donde una extensión de manzanas pobres y feas, ahora veo un paisaje primer-mundista, con edificios del mismo calibre.

-¡¿DÓNDE ESTOY?!-grito fuera de mí. Me tambaleo y casi caigo por la ventana. En ese momento suena el teléfono. Como una borracha me aproximo a la mesita, y no sé qué pensar cuando oigo una sedosa voz del otro lado del auricular, diciéndome:

- Ella. ¿Dónde estás?

-En... en el hotel.-baluceo. Una pausa, y después:

-Te doy cinco minutos. Estoy afuera, frente a la fachada.

Se me cae el alma a los pies. Estoy despedida, lo sé. Cuelgo sin darme cuenta de que no puedo salir. Pero, curiosamente, se abre la puerta cuando lo intento sin muchas esperanzas.

Guau. Hay mucho movimiento. Bajo las escaleras, ignorada por algunos clientes, y llego a la calle con ganas de ir al baño. Reconozco al hombre de la voz sedosa en cuanto lo veo.

-Por aquí.-dice simplemente.

-¡Señor Klaus, cuánto lo siento!-lloriqueo. Él sacude la frente.

-No seas tonta. Sabía que el avión llegaría tarde, así que fui a comprar un emparedado en el centro.

-Pero... ¿qué?

-No hay tiempo. Debemos llegar antes que ellos.

Me sube a su limusina negra, y empiezo a temer que me haya confundido con la señora Ricón... si es que no es otro fantasma. El señor Klaus comienza una larga perorata, exhortándome a ponerme el nombre artístico que yo le había mencionado (tengo que creer en su palabra) para firmar otra novela en aras de publicación. Al fin llegamos a un edificio donde esperan un hatajo de cámaras y gente, en ese orden. Leo el cartel; un escalofrío me recorre la espina: estoy en una convención de libros. Y mi foto aparece en la primera plana.

Me paso las tres horas siguientes estrechando manos, autografiando ejemplares de una obra que sospecho que es plagio, y al final, me piden que me pare en el podio y lea algo, "¡lo que sea!...". El dueño del hotel se escurre a mi lado a todas horas, y cuando intento negarme, prácticamente me empuja al escenario, en donde siempre he sido una gelatina humana. Quiero gritar: "¡Me están confundiendo!" en ambos sentidos, y luego vuelvo a ver mi propia imagen en los carteles. Alguien me pasa un volumen, y releo el título con la extraña sensación de haberlo visto antes. Empiezo por el principio...

-¡Ella!

-¿Eh...?

-¿Qué haces ahí?, te vas a enfriar.

Laura me da la mano. Me sacudo, más confundida que... ni siquiera se me ocurre como qué.

-¿Qué pasó?-pregunta mi colega. Yo todavía tengo el eco de las voces y los flashes de las cámaras en mi cabeza. Me toco distraída el vestido, y luego me doy cuenta que debo haberme quedado dormida: el carrito de limpieza está afuera, conmigo, pero parece que me hallaba apoyada en la

puerta de... y me congelo. La placa de latón lee: 81.

El fin de semana me encierro en mi cuarto, dándole vueltas al asunto. Sólo hay una explicación posible. Estoy cansada, y me estoy durmiendo en el trabajo. Y esa maldita habitación me tiene fijada.

Me tomo unas vacaciones. Voy al parque metropolitano y me pierdo en el ritmo de mi caminata, entre los pájaros y el rumor del arroyo. Más tarde, invito a mi vieja amiga, aquella con la que aprendí a besar para ahuyentar a los hombres, a tomar un café en un sitio que está a unos quince minutos en tren ligero. Nuestra conversación se llena del pasado. ¿Cómo iba a ser si no? Me pregunta lo que estoy haciendo estos días, y yo le contesto a duras penas: "Sí, soy mucama en un hotelucho en la zona mediocre, e intento ser más que una pseudo-escritora de clóset". No importa; ella es dependiente en una tienda de comida china. Al menos logramos escapar de nuestras familias... ambas suspiramos, pero no sé si es alivio o tristeza lo que nos hace pedir la cuenta.

La siguiente ocasión en que me toca el cuarto piso, trato de tomármelo con calma.

No he visitado a Petra en los últimos días, a pesar de que tengo ganas de tomar el té. Es que me hallo demasiado inquieta. Por precaución, me tomo el último calmante del frasco que me recetó mi doctor de la adolescencia, hace más de mil años, y guardo la llave del cuarto en el bolsillo de mi delantal.

-Bien. No seas absurda. Todo está...

El efecto es inmediato. Nada más abrir la puerta, me repele un muro de voces, cantando una palabra: ¡SORPRESAAA!

Doy un salto y casi me caigo contra el carrito de... no, me doy contra la puerta. Aturdida, busco desesperadamente mi carrito, pero el muro de voces se convierte en una avalancha humana, con veintenas de brazos que me tocan y estrechan.

-¡Ella!-exclama mi madre-¡Sorpresa!

No me lo puedo creer: hace siete años que no veo a mi madre. Sacudo la cabeza, boquiabierta, mientras más gente del pasado se me acerca y me abraza.

-¿Qué está pasando?...

-Es tu cumpleaños, chiquita, ¿te olvidaste?

-¡Qué fabuloso vestido!-me dice Sophie, la pequeña golfa, con medio cuerpo al descubierto. Parece haber olvidado que la última vez que nos vimos, en sexto grado, ambas mordimos el polvo.

Todos andan tan elegantes... bajo el mentón, y mis ojos se encuentran con un despampanante escote triangular que insinúa mis formas, casi fusionadas al vestido lustroso.

-Ya caducó...-musité, pensando en el calmante. Incluso tienen un pastel: vainilla y fresas con almendra. Mi sabor favorito.

Mi madre me pasea por la suite, conmigo hecha un lío.

-Mamá...

-¿Si?

Titubeo un poco.

-¿Dónde está... Ted?-pregunto al fin, esperanzada. Ella se pone seria.

-No me vengas con bromas. Sabes que no le hablo.

-¿De qué hablas?

-Cariño-resopla-, te juro que no he tenido nada que ver con él desde que lo dejé. Además, la orden de restricción...

Desde ahí, toda la psicodelia no se me hace tan mala. Reconozco a muchos de mis viejos amigos y converso con ellos, tratando de poner mis ideas en orden. Me preguntan cómo estuvo Praga, y sin una respuesta, me encojo de hombros. Me ofrecen champaña y yo la acepto, aunque me deja haciendo caras. ¿Qué me sucede?

Y entonces, encuentro a mi amiga con un atuendo sexy y cinco kilos más, coqueteando con un chico barbudo.

-¡Dina!

-¡Ella, feliz cumpleaños!

Vuelvo a sacudir la cabeza. La última vez que revisé el calendario (y eso que lo tengo sobre mi cabecera), faltaba más de medio año para mi cumpleaños. La tomo por un brazo, dejando al chico en ascuas, y me la llevo a un rincón para interrogarla.

-Dina, ¿esto es una broma?

-¿Qué?

-Vamos, nos acabamos de tomar un café, lo que nos hace oficialmente amigas. ¿Una fiesta sorpresa?, ¿aquí?... tú debes saber algo. ¿El señor Klaus me está castigando?

Era mi última teoría: en lugar de un simple despido y desalojo, el dueño del hotel había decidido responder a mi insolencia con un juego mental. Era como si dijera: así que te gusta meterte en los cuartos y las cosas de los clientes... ¿qué te parecería una probadita de sus vidas?... simple, efectivo y cruel.

Dina, empero, me ve con cara de asombro.

-¿Estás drogada?-me pregunta en voz baja.

-¡No!...bueno, no sé.-respondo, volviendo a pensar en el calmante. Mi amiga parece aliviada. Su sonrisa de diversión es más atractiva que como la recuerdo.

-Dios, Ella... ¡en tu propia reunión! Pero no diré nada, sólo no hagas ninguna tontería.

El comentario me ofende un poco.

-¿Por qué habría de hacer alguna tontería?Dina no contesta, pero su movimiento de cabeza me indica que mire sobre mi hombro. Lo hago por instinto, y me congelo de inmediato.

-Ya sabes, yo te cubro.- me susurra pícaramente en el oído.

Que me parta un rayo... Al otro lado de la suite, un joven fornido de ojos azules como el mar despide volutas de humo por la boca, perdido en su mundo sin palabras. Siento que me tiemblan las manos, pero no necesito que mi amiga me empuje hacia la sala; me acerco por un costado, así que no advierte mi llegada hasta que, carraspeando un poco, me meto en mi papel de adolescente desenvuelta:

-¿Tienes invitación?

Capto su atención de inmediato. ¿Siempre tuvo la mirada tan brillante?... y así, súbitamente, deja escapar su amplia sonrisa, idéntica a como la recuerdo.

-Hola.-dice sin más.

Aún no puedo respirar. Ya no pienso en la sorpresa que me dio ver a mi madre, mis viejos maestros (los que siguen vivos) y Dina. El carrito de limpieza y mi espontáneo cambio de ropa se me olvidan por completo. Tan sólo me pregunto: *¿cómo es posible que esté aquí?...*

Igual de repentinamente, Cyan me toma de las manos, me contempla un momento, y se pone de pie.

-Qué bella te ves.

No, no, el beso es demasiado... me transporta a esa vez, cuando yo esperaba darle una segunda bofetada por arrojarse a la boca; no había podido resistirme a su mirada suplicante luego de que, un día después de pedirme disculpas, me dijera: "¿Me dejas arreglarlo?" Contaba con que nos besaríamos de nuevo. Me emocionaba y molestaba al mismo tiempo, ya que nunca fui buena confiando en las personas. Pero él me sorprendió sosteniendo mi mano con las suyas, apenas rozando el dorso con sus labios, y llevándosela lentamente a la mejilla, como si fuera yo quien lo acunara. Lo dejé hacer, sin poder indignarme. Lo único que hizo fue besarme en la palma, y concluir: "así podré esperar hasta que me aceptes".

Cyan se olvidó de mí, o mejor dicho, yo me olvidé de él al marcharme. No, es mentira: nunca pude olvidarlo. Y al cabo de unos años, al enterarme que murió en un accidente, dejé de intentarlo. Ahora, parece volver a ser el niño que me robó un beso en medio de todos mis amigos, pero mucho más alto.

De pronto, siento que quiero llorar. Aprovechando su cercanía, me cuelgo de su cuello y aplasto mis lágrimas contra su pecho, llena de ¿alegría?, ¿confusión?, ¿miedo? Sus manos se cierran suavemente en torno a mi espalda.

-¿El? ¿Qué te pasa?...

-No lo sé.

Cyan se aleja un poco para verme la cara. Desvió la mirada, sintiendo que el mundo es un trompo. Me sienta en el diván, apaga la pipa y se queda en silencio, atento a mi llanto, esperando que diga algo. Después de unos segundos, reúno la suficiente compostura para soltarle:

-T... itú deberías estar muerto!-suena como si le estuviera reclamando algo.

Arquea las cejas.

-De acuerdo, nena- empieza, muy serio, como tanteando terreno-... ¿podrías refrescarme la memoria? De veras no recuerdo haber hecho nada que...

-¡Estás aquí!-sollozo-¡Estás aquí!

-Oh. Eso... ¿apesta?

Niego con la cabeza, y me lanzo a sus brazos, riendo y gimiendo al mismo tiempo.

-No desaparezcas-murmuro en su cuello-, no desaparezcas...

-No voy a hacerlo.-me sosiega, y sigue esperando a que le dé una explicación. Siempre fui una de las pocas personas a las que hablaba, e incluso a mí me parecía callado. Al cabo de un instante, la solidez de su presencia me hace centrarme:

-Está bien... está bien...

La música viene de un sofisticado equipo de sonido que no podría comprar con un año de paga, emplazado en la parte más remota de la cocina. Una canción romántica se me antoja adecuada para contarle a mi primer amor la locura en la que estoy inmersa. ¿Debería explicarle lo del accidente?... aunque no estoy segura de que lo entenderá, debo arriesgarme: él fue la única persona auténtica que conocí, y cuando algo similar al afecto empezó a materializarse entre nosotros, yo acariciaba los libros de mis estantes, ilusionada y dividida, porque jamás había deseado tener fe con tanta intensidad. Jamás alcancé a demostrarle que estaba dispuesta a confiar en él, y ahora era el momento perfecto para hacerlo.

Lo intento: comienzo afirmando que desde que atravesé la puerta blanca, todo se puso de cabeza. Le cuento mis peripecias como nómada, y después como mucama en el hotel, y lo que sucede cada vez que entro a esta habitación. Como si fuera un sueño, una alucinación, un... mundo diferente. Cyan me escucha con el ceño ligeramente fruncido; aparte de eso, su expresión es inescrutable.

-Un momento.-me dice, cuando llego a la parte de nuestra separación.- Ya conozco esa historia.

Me quedo perpleja hasta que llega su turno de explicarme. Y lo hace de una forma muy simple:

-He leído tu libro desde que empezaste a escribirlo... ¿por qué me lo

cuentas ahora?

-¿Mi... libro?-balbuceo-... ¿qué quieres decir?

Cyan echa la cabeza para atrás. Puedo ver que está teniendo un momento de "foco prendido".

-¡Ah, ya entiendo-exclama-, vas a cambiar el final!

Yo no entiendo nada.

-¡No, no, Cyan!... ¡de verdad está sucediendo!-me desespero, y trato de hacérselo ver con atropellamiento- Oye, mira: yo nunca he escrito un libro; ¡nunca he pasado de las seis páginas! Antes de entrar en el 81, era una perdedora con un empleo roñoso... antes de entrar aquí, nunca había firmado autógrafos o bebido champaña... ¡nunca me habían hecho una fiesta!... *ésta*- señalo el lugar con un amplio ademán- no es mi vida.

- ¿Y yo qué?-inquire Cyan, considerándolo.

Intento sonreírle.

-Tú has sido la mejor sorpresa.

-Porque en la vida real, estoy muerto.

Le bufo, avergonzada por sonar tan loca, pero mi expresión debe revelar que hablo en serio, por lo cual, en lugar de reírse, me sugiere dulcemente:

-Está bien, ¿quieres que te cuente mi versión de las cosas?

Es lo más que podría esperar en semejante situación, así que asiento, y Cyan me hace un recuento de... de todo. Se sabe mi historia al dedillo, porque parece que siempre ha estado ahí: en su versión, mi madre denuncia a Ted y las autoridades nos libran de su yugo; yo no huyo de la casa, lo cual le da a Cyan el valor de intentar que yo lo acepte; terminamos juntos la escuela, estudiamos en universidades diferentes, pero curiosamente, la distancia nos une sin que haya marcha atrás. Él se muda a ésta ciudad primero, porque es muy socorrido, y cuando finalmente tengo éxito en el mundo editorial, mi madre y yo rentamos un piso, que es justo el lugar donde nos encontramos.

-Todavía no te vienes conmigo-juguetea Cyan en tono confidente-, pero tenemos muy buena perspectivas.

No puedo evitar reírme. Me han descrito mi vida perfecta.

-Así que-tartamudeo-...así que, nosotros...somos...

Me da un largo beso por respuesta, y ya nada importa. Me sumerjo en la segura tibieza de su sabor, una mezcla de aromas que me hace querer congelar el momento para siempre. Actúo como si nada sucediera cuando llegan otros conocidos y empiezan a conversar acerca de cualquier tontería; de todos modos, estoy mucho mejor aquí.

Bailamos, reímos, bebemos y el aire de la hermosa ciudad me acaricia la piel. ¿Qué más podría pedir?... La fiesta termina cerca del amanecer: me despido de Dina con un fuerte abrazo; se ha convertido en una excelente abogada. Mi madre se va a la cama, y el resto de la suite (¿o debería decir, el piso?) se queda desierta, excepto por Cyan y yo. ¡Estoy agotada!... nos dejamos caer en el sillón más grande, y yo no tardo en poner la nuca en su regazo. Él suelta un suspiro, acariciándome el cabello.

-¿Somos una pareja perfecta?-le pregunto de pronto.

-Vaya-ríe-, no sé si perfecta- ¿Tú que crees?

Busco su rostro, y me topo con sus ojos aguzados.

-Hasta donde recuerdo-dije-, creo que éramos algo especial.

-Ah, ya volvemos a la versión obsoleta de tu vida... pero, ¿qué hay de ahora?-y se inclina sobre mí.

No digo nada. Una sensación nebulosa me cae encima como un yunque, tapándome la boca, y aunque mis pensamientos no revolotean como antes, siento la duda en el fondo de mi corazón, y comienzo a tener miedo. Cyan es mi ángel del pasado, yo soy Scrooge, y todo esto es mentira.

-Ella-salta él-, no sé qué esté pasando, pero si no estás convencida... de tu libro... o de...de nosotros...

-Convénceme-interrumpo. Me interroga con la vista. Como hizo él hace una eternidad, tomo su mano con ternura. Se ve un poco dolido; intenta hablar, pero vuelvo a cortarlo.-Convénceme-repito-... de que somos reales.

-No puedo.-me dice. Los ojos se me inundan de lágrimas.- Pero puedo convencerte de que yo lo soy.

Despierto en sus brazos. Los rayos del sol entran por la ventana, y la felicidad me embarga. Siento la gratitud correr por mis venas, justo debajo de la piel del costado desnudo que él me acaricia perezosamente. Le dedico un concentrado de estas emociones, en una sonrisa llena de paz: soy más real ahora de lo que jamás he sido.

Nos levantamos para desayunar, y cocina una buena ración de huevos y tostadas. Según él, preparar el desayuno es su trabajo, aunque la única competente para hacer una cena elaborada soy yo. Una vez terminado el desayuno, demoramos junto a la puerta hasta que una llamada reclama su atención. No me estremezco cuando abre la puerta, ni cuando, al asomarme, lo veo lanzarme un beso desde el elevador. Vuelvo al piso, me ducho, me visto con más ropa primorosa, y comienzo una ronda, explorando adornos y demás objetos que en mi vida había soñado tener.

Atónita, tomo de una caja fuerte el manuscrito del cual me hablaba el señor Klaus, quien debe ser mi chofer, mi agente, o ambas cosas, y veo los garabatos que mi propia mano ha plasmado en la hoja de portada. Demasiado abrumada para saber de qué se trata, desvío la vista antes de leer bien lo que seguramente es mi nuevo seudónimo, y entierro el misterioso montón de palabras bajo una nueva clave. Entonces me asalta el deseo de hablar con alguien (es decir, alguien de esta realidad) y por primera vez, me encuentro una imagen familiar: la pila de libros en el buró del dormitorio, tal y como lo vi antes de esconderme debajo de la cama, la primera ocasión en que entrara. Mi nombre, sí, y el título: *La puerta blanca*.

Me escabullo a un lado de mi madre, que ronca estrepitosamente en la habitación principal, y cojo el libro.

Tras esa puerta cerrada, lo único visible era la luz. Pálida, rosada, en veces amarilla como la luz de un sol naciente. Una franja intermitente, perenne, de resplandores misteriosos bajo esa puerta blanca...

Me caigo al suelo, mi cabeza se da contra algo, y abro los párpados en mi destartada habitación número 18.

-¡No, no, no, no!

Como es de esperarse, caigo en una profunda depresión. Mi mente está jugándome una muy mala pasada. Ya no sé qué es sueño o realidad. Lloro, pataleo y odio mi existencia más que nunca, y por último, me animo a ir como un sonámbulo a quejarme con la única persona que está tan demente como yo.

-¡Qué buena idea!-cloquea una vez que termino mi relato, pañuelo en

mano- ¡Es maravillosa! Pero...

-Pero, ¿qué?-espeto de mal humor. Petra chasquea los dientes.

-Hay algunas preguntas que no respondes.

-¿Como...?

-Bueno, en primera, ¿cómo funciona todo esto?, ¿simplemente es magia? Y si es una historia fantástica, ¿por qué estaría la puerta en un hotelucho de cuarta como aquel y no en una cueva tenebrosa al lado del mar?

-Se llama fantasía contemporánea-gruño sarcástica.-... ¿Cómo diantres quieres que sepa? ¡¿Qué clase de preguntas son esas?!

Pero ella no se ofende, lo cual sólo puede significar una cosa: del mismo modo que Cyan en mi sueño, cree que me estoy inventando todo. No sé cómo, pero eso sirve para convencerme de lo contrario.

El silencio que sigue me indica que al menos, la hice reflexionar.

-Sin embargo-murmura, hundiendo el semblante en la boca de su taza de porcelana fina-, puede que no necesites explicarlo... es decir, si lo ves en un espejo, el 81 es un reflejo del 18, aunque de alguna forma superior: cada vez que pones pie en esa habitación, una realidad superior se manifiesta. Es triste, pero también resulta motivador.

Me quedo callada, siguiendo el hilo de sus pensamientos. Triste, sin duda; no necesitaba más que ver mis ojos hinchados mientras hago pucheros. Y, tal vez Petra tenga razón; no importa si cree en mi historia o la considera un cuento de hadas... ignoro qué clase de fenómeno tome lugar en ese cuarto, pero sé que es un don (o una maldición) exclusivamente mía, porque las otras mucamas no se han dignado a reportar nada semejante cuando entran a limpiar. Por otro lado, entiendo lo que quiere decir con "motivador", aunque no estoy de acuerdo: podría tomármelo todo positivamente, sí, empezar a visitar a un psiquiatra y escalar en el medio artístico hasta labrarme un nombre. Pero, aún si lo hiciera, y aún si me volviera famosa, motivada por lo mal que la estoy pasando, e inspirada por aquellas visiones, no podría cambiar ciertas cosas. No podría revivir a Cyan...

El lejano parloteo de la anciana me devuelve al presente. La miro con rencor mal dirigido mientras analiza mi obra en voz alta. De pronto parece que se va por las ramas:

-... cuando se abren las ventanas. Y el detalle del ancla...

-¡Eh!, ¿qué ancla?-digo impulsivamente. Odia que la interrumpen, pero no se aguanta las ganas de decir:

-Tu libro.

Lo medito un instante, sin éxito.

-¿A qué te refieres?-me rindo al fin. Petra tiene una expresión de poca paciencia.

-Pues a eso, tonta. El detalle de que cada vez que abres tu libro, regresas... así suspendes la visita y sales de esa realidad espejo.

Santa madre de Dios... con que hay una forma de salir. Y eso significa que...

-¿Qué te parece esto?-le sigo el juego de que todo es una historia ficcional- Descubre cómo controlar sus idas y venidas.

Petra me da su aprobación desde la estufa.

-¡Así es! Y de ese modo, buscará la manera de quedarse en el 81 para siempre...

Eso es. Esa es la clave. Me quedo de piedra por un instante, y luego la despido con menos afecto del que merece. ¡Vieja, eres una genio! Salgo derrapando de su cuarto, y al doblar el pasillo le guiño el ojo a la puerta blanca, o viceversa. No importa, porque invierto esa noche en darle vueltas a lo que va a ser mi plan maestro.

Soy ambiciosa. Por eso, después de muchas horas de insatisfacción, me lanzo a conseguir un pez más grande, y compro una gran trucha congelada en el almacén más barato.

Entonces, se me ocurre que controlar mis idas y venidas no basta, no; de una forma u otra, y sobre todo en esa realidad donde soy una célebre escritora, alguien me haría leer ese maldito libro. Y vamos para atrás. No funcionaría. Mi instinto me decía que, eventualmente, la puerta blanca se cerraría, y no volvería a dejarme entrar.

"Bien", me digo a mí misma: "lo que necesitamos es una garantía." El problema es que, limitada a colarme de vez en cuando, porque no me asignan el 81 cada que necesita ordenarse, las posibilidades de acceder a él indefinidamente son más pobres.

Primero me resisto a la idea, porque la sola cena me deja quebrada, pero acabo resolviendo que es la única manera: debo asegurar el 81 lo más pronto posible, y entonces tendré más libertad de movimiento. Tal vez así

las palabras del libro dejen de expulsarme del cuarto cuando pose mis ojos en ellas... podré estar loca, pero al menos seré una loca feliz.

Y me pongo manos a la obra. Al día siguiente, voy al banco central y me inscribo a un programa de ayuda para los más necesitados. Entro en el perfil de candidatos, aunque por poco: la cantidad que habrán de girarme mensualmente será bastante como para pagar una habitación en un hotel mucho más caro que ese en el cual me alojo, y saberlo me pone frenética. Conservo mi trabajo en el *Klaus*, y mi enfermedad remite misteriosamente. Me atrevo a pensar positivamente.

Luego, invento una excusa creíble y le saco información a la recepcionista, acerca de la suite y su ocupante.

-No te puedo dar su nombre, pero lleva rentando unos seis meses.

-¿Y se irá a marchar pronto?

La respuesta me desanima. Rita sacude la cabeza y amplía su semblanza, inclinada sobre el mostrador:

-Nadie sabe mucho de ella, excepto que es aficionada a las parrandas. Sale en la noche y vuelve tarde.

-¿Y el resto del tiempo?

-Lo pasará en la habitación-se encoge de hombros-. La verdad no lo sé. No me ando fijando en las vidas privadas de los clientes, ¿sabes?

¡Claro que no!... de todos modos, el supuesto de que la dueña del cuarto no salga del 81 ni cuando yo entro me perturba. Concluyo mi interrogatorio sintiéndome algo frustrada, y me fumo un cigarro en el porche durante mi descanso. Laura me imita, y mira el horizonte sin molestarse en romper el silencio; la verdad es que ha llegado a conocerme, y casi nunca estoy de humor para entablar conversación. Pero ahora, mientras seguimos nuestro ritual de siempre, su ceñudo perfil me da la respuesta. Apago el cigarrillo, y me adelanto al borde de las escaleras. Y, para mi sorpresa, acepta hacerme un favor.

El jueves mismo toca a la puerta de mi habitación.

-No estaba-cuenta arrastrando las palabras-, pero el bobo de su asistente me prestó la debida atención. Le dije lo que me indicaste, y reaccionó bien.

-¿Se reunirá conmigo?

Laura hace un gesto que no puedo captar.

-Me dijo que representa a una persona muy ocupada, que para verla necesitas tener algo importante que tratar con ella... que necesita un borrador. Que lo contactes cuando lo termines.

Me quedo azorada, pero luego caigo en cuenta, y la ironía del asunto me retuerce las entrañas. ¡Una escritora...! Tenía que ser una escritora. Y con lo volubles y difíciles que suelen ser estas personas...

Me derrumbo. Comprendo que efectuar ésta misión será más difícil de lo que pensé: un círculo vicioso, un laberinto sin salida... escribir un libro me tomará años, y necesito hablar con la ocupante de ese cuarto (no con su asistente) lo antes posible. Si tan sólo se marchara ya, me facilitaría las cosas, pero no puedo rentar el cuarto mientras esa mujer acapare el espacio. Así que debo hablar con ella, para negociar. Debo exponerle mi situación, de forma que no llame al manicomio ni se ría de mi estupidez. Podría incluso cederle la idea de mi genial historia... pero para eso, necesito escribir un libro. Y escribirlo me tomará años.

Escupo una maldición.

-No le insististe lo suficiente. ¿Le dijiste que era cuestión de vida o muerte?

Laura se indigna:

-No pude hacer nada. Y yo no creo que sea cuestión de vida o muerte, porque si lo fuera, habrías ido tú misma en lugar de mandarme a dar la cara.- Y se va dando un portazo. No me molesto en seguirla, aunque me siento algo culpable por la ingratitud que acabo de mostrarle. Sé que no lo entendería; supondría que le estoy tomando el pelo cuando le dijera que, no puedo entrar en esa habitación sin viajar a una especie de dimensión desconocida. Me acurruco en la cama, tapada hasta los ojos, y pienso en el dilema, intentando encontrar una buena solución hasta que me quedo dormida.

"No me rendiré. Esperaré si es necesario, pero no me rendiré." La faz de Cyan se convierte en mi sombra... él es mi única oportunidad de reconciliarme con la muerte.

Robé algunas chucherías en el pasado; no era de mis mayores aficiones. Por eso la vergüenza me calienta las mejillas cuando, ya en el cuarto piso, giro la llave que no me corresponde, y vuelvo a abrir la habitación de la escritora.

Nadie me recibe con los brazos abiertos. No hay gritos de "¡Sorpresa!", labios cariñosos que me besen el cuello ni llamadas telefónicas. Giro el

rostro hacia la ventana, y esa luz corrobora que estoy en un lugar distinto; la suite también ha cambiado. De nuevo, soy la Ella exitosa, la del guardarropa lujoso, las limusinas y los autógrafos.

Trago saliva, y me paseo con aire distante. ¿Ahora qué? Me metí a la habitación porque debía asegurarme que no era parte de mi fantasía. Que el dinero que debía al banco no era dinero tirado a la basura... y que... que la posibilidad de alargar mi estancia en ese mundo perfecto no era del todo nula.

Pero en éste momento, estoy sola. Repito los pasos que dimos Cyan y yo durante la fiesta, sólo que al revés: comienzo por la puerta, continúo hacia la barra del desayunador, y me dirijo lentamente hacia la sala, donde yace el mullido sillón. Acaricio la tela del respaldo, y caigo en cuenta que hay algo en la mesilla central; un desorden que antes no estaba ahí. Retiro el cenicero sin dejar de observar las múltiples colillas, impregnadas con el fuerte olor indicativo de que alguien ha estado aquí poco antes que llegara yo.

Veo la pila de correspondencia, tan gruesa como un fajo de billetes, y me dispongo a explorarla: cinco cartas de invitación, otras tantas tarjetas de presentación, tres números de revistas de divulgación. Publicidad. Y hasta el fondo, un sobre blanco, que me hace sentir la mar de curiosa. Rompo el sello con la uña, sintiendo un intenso y repentino deseo de compañía. Desdoble el papel, y leo el contenido sin soltar el aliento que me he tragado. Cuando mis ojos se desvían hacia el nombre del destinatario, *mi nombre*, me pongo pálida como el propio sobre.

Salgo del hotel y discurro en la carrera humana sin ver el primor otoñal que me rodea. Mientras camino, embutida en mi hermosa gabardina, el número se reescribe sin parar dentro de mi cabeza. Es la primera vez que averiguo dónde estoy; en base a tal información, el mundo vuelve a dibujarse para mí como un mapa. Tomo un autobús, firmo un autógrafo, y me bajo en mi ciudad natal, con el siete girando en mi cabeza.

Y así que, las manos apretadas en los bolsillos, me detengo frente a mi viejo barrio, ante mi vieja casa, donde tantos sinsabores me forjaron, el siete revoloteando en mi cabeza: siete, siete, siete... lunas...meses... siete lunas, siete meses... siete meses de vida.

Nada me obliga a regresar. Pero es que, si la miro bien, la encantadora luz de ese lugar imaginario como que está apagándose. Tomo mi ancla (una copia de *La puerta blanca*), y leo el párrafo dorado que es la verdadera llave, reprimiendo las lágrimas que por alguna razón, contengo para no manchar la claridad de las páginas.

Tras esa puerta abierta, lo único invisible era la luz. Densa, azulada, en veces amarilla como la sombra de una luna naciente. Una franja fija,

inmortal, de azabaches misteriosos bajo esa puerta negra.

Escribo las palabras acostada con mi uniforme de mucama, en un cuaderno agujereado que usaba como tentativa de diario. No porque quiera una razón para entregar a la asistente de esa mujer algo que pueda interesarla. Escribo de verdad, por primera vez en mucho tiempo, para sentirme viva. No es coincidencia que el inicio retrate una oscuridad como boca de lobo tras aquella puerta. Mi última visita a la habitación espejo me ayudó a descubrir que, había estado metiéndome en los dominios de la muerte. Porque era la muerte lo que esperaba al final de esa existencia gloriosa.

¿Y aquí?, me pregunta una voz, y yo respondo: "Quizá, los dominios de la luz son una vida triste, y una muerte gloriosa". Ah, la injusticia... no puedo jugar a cambiar mi realidad, a recuperar la esperanza, a tener un amor, sin condenarme. Y aquí, ¿qué me espera? Sin realidad, sin esperanza y sin nada. Bueno, al menos tengo las palabras. Son lo único que tengo...

-¿Petra?-la llamo un mes después, a media voz. Traigo el manuscrito, terminado, bajo el brazo. Como le prometí que sería la primera en leerlo, me encuentro nuevamente en el piso cuatro, a deshoras de la madrugada, aunque sin intención de volver a robar llaves o rentar más cuartos. El dueño del *Klaus* me ha desalojado, como bien merezco, pero todavía tengo esa ayudita del gobierno, herramienta que me dará algo de tiempo para conseguir hospedaje y un trabajo que no involucre meterme en espacios ajenos.

La anciana no responde. Empiezo a preocuparme.

-¿Petra?...

¿Qué es eso?! Escucho algo desde el interior: un chillido asfixiado, una clase de ay repetitivo y un golpe sordo...

Dejo de tocar la puerta, y gritando su nombre, la aporreo con un hombro hasta que cede. Ahí está la pequeña salita, la cocineta, con una tetera espumeante provocando las llamas del quemador, y el sillón reclinable, vacío desde que Petra lanzara aquel sonido animalístico, antes de desplomarse a sus pies.

-¡Petra!

Ha caído de costado. Puedo ver que se sacude como si no pudiera respirar. Pero, no tardo en caer en cuenta que se trata de meros impulsos nerviosos, los últimos espasmos de un cuerpo ya sin vida. No tengo ánimos siquiera de gritar. Su cara lívida está azul, violácea, hinchada.

Llorando, toco uno de sus brazos, y adivino que lleva muerta menos de un minuto. Llegué demasiado tarde... entonces, reparo en el montón de papeles que se ha desparramado de sus manos. Levanto los pliegos uno a uno: palabras, frases, oraciones... una historia. Boquiabierta, los recojo todos; finalmente, mis ojos se detienen en la portada... es decir, en el nombre. Y recuerdo el manuscrito de la habitación 81, que guardé en la caja de caudales, y el nombre del autor- mi seudónimo-, que apenas vi de reojo adornando la esquina inferior de la página. Porque, al igual que ahora, leía: *Alma Petra*.

¡Es *mi* manuscrito!... Un alud de imágenes se me viene encima, incluyendo la carta del hospital, que me anunciaba siete meses de vida... exactamente seis meses antes de que *esto* sucediera.

El mundo da vueltas. Me pongo de pie, haciendo eses, y corro tan lejos del cadáver como puedo. Mis pies cobran vida propia. Doblo el pasillo tambaleante, y me detiene una nueva visión: una figura, la de una joven, que se inclina sobre la placa de latón número 81. Abre la puerta blanca y una luz deslumbrante, la de dos mundos superpuestos, me paraliza por completo:

Mi reflejo viste con lujo, pero la colorida pañoleta, colocada a modo de turbante, no logra ocultar la desnudez de su cráneo. Arrastra una máquina de oxígeno, y noto en su pecho la oscilación forzada de quien se asfixia. Sus manos huesudas aún sostienen con firmeza la llave con que entra y sale, pero su faz, demacrada y cadavérica, se encuentra renuientemente con la mía...y se funde con ella.

Soy ella, ella soy yo. El ciclo está completo.

Mi cuerpo desaparece, también el de la enferma ocupante de mi habitación espejo. Y allá, abandonado en su propio cuarto, el de Petra se nos une en un fogonazo de luz que nadie habría podido captar, completando así un *no-espacio*- negro y blanco, vivo y muerto a la vez- que nos arranca las conciencias para armar una sola; obliterando vidas, recuerdos, sentimientos, ideas, y las versiones de cada una, en una negrura insondable. Como uno de los pliegues planos de papel que, al doblarse simultáneamente, forman una figura tridimensional.